Master Negative Storage Number

OCI00043.22

Historia del bastardo de Castilla

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 22

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00043.22

Control Number: ADT-3626
OCLC Number : 29694253
Call Number : W 381.568 H629 v.3 BAST
Title : Historia del bastardo de Castilla en Africa, 6, El castillo del diablo.
Imprint : Madrid : Hernando, [1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9.27.94
Camera Operator: CS

(TRES PLIEGOS.)

HISTORIA
DEL
BASTARDO DE CASTILLA
EN ÁFRICA
Ó EL CASTILLO DEL DIABLO



DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.


ES PROPIEDAD

HISTORIA

EL

BASTARDO DE CASTILLA,

O EL CASTILLO DEL DIABLO.

CAPITULO PRIMERO.

Situacion del Castillo del Diablo y de la Selva Encantada.—Llegada del Bastardo á la Caverna Prodigiosa.—Encuentro y conversacion con el eremita.

Reinando Alonso el Casto en Leon, en la desgraciada época en que la mayor parte de la opulenta España gemia bajo el ignominioso yugo sarraceno, se observaba un castillo en la mas encumbrada roca de la Arabia, cuyos negros y elevados muros, multiplicados torreones, anchos y profundos fosos y triplicadas estacadas le hacian inespugnable, máxime, en aquellos tiempos en que eran desconocidos los maravillosos efectos de la pólvora. Esta jigante fortaleza se levantaba en medio de dilatadísimos y espesos bosques, cuyos altísimos arbustos apenas lograban besar el pié de los robustos muros que servian de base á aquel terrible y majestuoso castillo, cuya elevada y soberbia arquitectura parecia querer tocar al cielo con las dobles filas de altísimas almenas que la coronaban como al poderoso rey de aquellas regiones. El peregrino y el guerrero, el comerciante y el filósofo, el jóven audaz y la tímidad doncella que pasaban por las inmediaciones de aquellos lugares, no podian menos de pararse á contemplar con asombro aquella inmensa y compacta mole, que orgullosa se levantaba sobre las mas elevadas cumbres del contorno. En el espacio de muchísimas millas que dominaba el castillo, dejábase ver como en un cosmorama colinas cubiertas de bosques, enormes peñascos que en forma espiral servian de cresta á las cumbres, rodeados del verde follaje de que los arbustos se habian desprendido; planos cubiertos de plantas silvestres de variados matices, declives encantadores, que embellecidos por los arroyuelos que corren mansamente á la apacible sombra del nogal, avellano y madroñero, forman una graciosa contraposicion con los horribles despeñaderos y barrancos profundos cubiertos de selvas mas fragosas y sombrías que las otras. Este hermoso paisaje, mirado desde las almenas de la fortaleza, ofrece

cada instante un cambio sorprendente con las vistas mas encantadoras que pueden ofrecerse á la imaginacion del poeta y al pincel del pintor.

Un rumor sordo, estraño y misterioso movido por las hojas de los arbustos, mecidos por el viento, y el blanco susurro de los arroyos que, desprendiéndose de las cumbres, bajan á dar vida á las flores, plantas y praderas, serpenteando por entre el verde follaje de yerba y musgo que las embellece, era el único ruido que turbaba el majestuoso silencio de aquella agreste poesía, grata á la imaginacion y que conmueve, sin poderse remediar, las fibras de una máquina tan fina y sensible como la del hombre.

Ni los alegres cantares del caminante, ni la flauta ó rabel del sencillo pastor, ni el cencerro de la tímida oveja, ni el imponente alerta del centinela se dejaban escuchar en este sitio pasmoso y solitario, en el que solo reinaba el pavoroso silencio de las tumbas. ¡Cuántas ideas se ofrecen á la mente del genio observador al contemplar las vicisitudes á que están sujetos los pueblos! ¡Cuántas al observar aquella soberbia fortaleza abandonada de las guerreras falanjes de que un dia fuera habitada! ¿En qué, pues, puede consistir que en lugar del estruendo de las armas, del relincho de los corceles, del sonido de los clarines y de los marciales instrumentos, se escuche ahora solo el tétrico cántico del agorero buho, formando algunas veces el mas desagradable contraste con el arrullo de la tórtola, y con el rugido del leon y el tigre y el pavoroso silbido de la serpiente? A tales consideraciones impelian aquellos lugares, á los que parecia haber abandonado la planta del hombre, sustituyendo al bullicio y estrépito de los guerreros, el imponente silencio de los sepulcros.

En una tarde del mes de noviembre, cuando ya el sol abrasador de aquellos climas habia andado la mayor parte de su carrera, queriéndose cubrir con el negro manto de la noche que parecia disputarle su dominacion en la tierra, se sentia entre el ramaje de los robles y encinares el veloz trote de dos caballos acompañado del sonido de las armas de los gineles: efectivamente, dejáronse descubrir dos personajes, que por sus arrogantes corceles, sus armas y equipajes daban á conocer que era un caballero y su escudero; vestia el primero una magnífica armadura de bruñido acero esmaltado de oro, en cuyo peto se veian las armas de Castilla guarnecidas de piedras preciosas; un gracioso casco de plata con la cimera de oro, de la que parecia quererse desprender un lindísimo plumero de cisne; los brazaletes, celada y demas efectos de su guerrero traje, correspondian perfectamente á la escesiva riqueza de la armadura, que ajustada con la mayor gracia á una cintura esbelta y á un cuerpo de las mas bellas proporciones le daban un realce imposible de describir, y que solo pudiera compararse á los retratos de Marte y Aquiles trazados por los divinos pinceles de Rafael ó Murillo. El escudero, mas modesto en su equipo, marchaba silencioso á corta distancia de su señor.

Tres horas hacia que caminaban con el mayor silencio por medio de la fragosidad de aquellos bosques, cuando sobrevino la noche cubierta de pardas nubes y tan enlutada con el negro manto de la oscuridad mas completa, que parecia querer dejar al universo entero sumergido en las tinieblas. El trueno aterrador, acompañado de deslumbradores relámpagos,

hacia á aquella noche mas terrible y espantosa; pero á pesar de ella, los dos viajeros continuaban impávidos su marcha, guardando el mas profundo silencio, que interrumpia solo el acelerado paso de los caballos, el ruido de las armas y el horrísono estampido de los truenos que con bastante frecuencia atormentaban el oido de los dos caminantes. El guerrero paró de repente, y dirigiéndose al escudero, le dijo:

—Creo que esta noche no nos es dado el hallar un asilo donde guarecernos; por tanto, se hace preciso no perdamos la direccion de ese castillo que hemos divisado esta tarde, que juzgo sea el que nos pueda dar hospitalidad por esta noche, y acaso razon del sitio en que se halla la hermosa Leonor.

—Sea como os plazca, señor, respondió el escudero; pero hallo muy difícil el que en una noche tan oscura y tempestuosa podamos atinar con esa fortaleza, máxime cuando caminamos por estas fragosidades, sin camino ni senda que á ello nos dirija.

Un prolongado y espantoso trueno, precedido de un relámpago que parecia querer abrasar á los dos guerreros, contuvo la voz de Colmenares, que menos sereno que su señor, se encomendaba religiosamente á Santa Bárbara, suplicándola le sacase á salvo de la temible tempestad que rugia sobre su cabeza, y en la que esperaba terminar la existencia á impulsos de alguna exhalacion de las contínuas que cruzaban los aires.

—¿Y qué haremos, exclamó el Bastardo, en unos lugares en los que parece no ha tocado humana planta, ni son habitados por otros seres, á mi parecer, que por leones, tigres y panteras?

A esta observacion se estremeció el escudero, juzgándose pasto de alguna de las fieras nombradas por su señor, á quien contestó aterrorizado:

—Bien os decia yo que no os fiáseis de la vision ó fantasma que tantas veces decis se os ha aparecido.

—¡Oh amigo! repuso el guerrero; ese que tú llamas fantasma, y que yo creo un ser sobrenatural, jamás me ha engañado; y en mis tribulaciones, en los combates y en los mayores peligros, siempre le he visto á mi lado sirviéndome de escudero y guiándome por el hermoso camino de la gloria y del honor, único patrimonio que me legaron los desconocidos autores de mis dias; él me prometió salir de la oscuridad en que yacia, y efectivamente salí; me dijo se me armaria caballero y que llegaria á tener un gran renombre, y tambien se me ha cumplido la profecía; ¿por qué, pues, dudar aun en él?

—Todo esto es verdad, señor; pero, ¿á quién se le ofrece aconsejar á un amigo que abandone su ejército, y que atravesando los anchos mares venga á ponerse en manos de sus enemigos en un país desconocido y contrario?

—Aquí nada nos ha sucedido de particular, observó el Bastardo; al desembarcar en las playas de estas regiones hallamos quien nos vendiera estos sobresalientes caballos, quien nos guiará al Castillo del Diablo ó la Selva Encantada, que es lo que pisamos; ¿qué nos resta? ¿en qué ha faltado á la verdad mi desconocido protector?

Multitud de aterradores relámpagos seguidos de espantosos truenos cortan el hilo de la conversacion de los viajeros; arrecia el viento desgarrando la copa de los arbustos, y los corceles amedrentados detienen el paso, ce-

diendo su fogosidad, mas á impulsos del miedo y del asombro, que al cansancio y la fatiga; en vano los ginetes les animan haciendo uso del acicate; los caballos no obedecen, reculan y se resisten á marchar, poniendo á sus dueños en la dura precision de decidirse á echar pié á tierra y pasar aquella noche á la intemperie, espuestos á ser devorados por las bestias feroces de que abundan aquellas regiones.

En esta triste situacion se hallaban los dos viajeros, y oraban fervorosamente encomendando su alma al Criador para que les librara de aquel terible trance, cuando oyeron el blando y sentido arrullo de una paloma, que parecia hallarse en uno de los árboles mas inmediatos á los caminantes.

—¡Sea Dios loado! exclaman con la mayor alegría los dos á un tiempo: el cielo ha escuchado nuestros votos y nos envia socorros. Ya tenemos guia, ya está con nosotros el ángel tutelar que nos ha de salvar. Y el Bastardo, dirigiendo la mas espresiva mirada hácia el árbol en que juzgaba se hallaba la paloma, principió á llamarla cariñosamente de este modo: Filis, Filis, ven á consolar á tu mas tierno amigo.

Aun no habia concluido la frase, cuando se oyó el ligero ruido que el volátil animal causaba con sus nevadas alas, que dejó de batir colocándose en el hombro derecho del Bastardo, á quien hacia mil caricias, que aquel le devolvia: en seguida se puso sobre la cabeza de Colmenares, repitiendo las cariñosas monadas que habia practicado con su señor, y tornando á colocarse sobre la mano de este, volvió á acariciarle como pudiera hacerlo la persona mas querida: á poco rato remontó su vuelo, pasando de rama en rama y arrullando blandamente, como si quisiera decir á los caminantes: seguidme.

El trueno y el relámpago habian dejado de hendir los aires, el furioso huracan no hacia ya doblar á la robusta encina ni al copudo nogal; y el azul del cielo matizado de estrellas, anunciaba á la tierra la calma, desterrando la tempestad que poco antes la habia conmovido. Los caballos empezaron á escarbar la arena dando pruebas de su impaciencia, y nuestros caminantes no tuvieron inconveniente en seguir la direccion que les marcaba el continuado arrullo de la paloma, á quien, sin duda, tenian por el mas inteligente guia. La noche se habia serenado completamente; el blando céfiro habia sucedido al huracan furioso, y el silencio mas profundo reinaba en aquellas solitarias selvas, capaces de infundir espanto á los corazones menos esforzados que los de los dos viajeros cristianos. Habian andado como dos horas por medio de aquellas fragosidades, cuando escucharon el tremendo rugido de un leon, que por el monte no dejó de imponer á los dos caminantes; pero el nevado palomo, vino á posarse sobre la perilla de la silla del jóven Bastardo, á quien volvió á acariciar, continuando despues su marcha en dirreccion de la misma senda que nuestros héroes siguieron sin reparo. Pocos momentos despues distinguieron una clara luz que parecia salir de una roca no lejana, y se dirigieron á ella. Al paso que se iban acercando distinguian mas á su placer la caverna ó gruta en que se veia una antorcha, y que juzgaban habitada por algunos pastores; pero cuál fué su asombro al acercarse y mirar que la blanca paloma se introducia por la boca de la caverna en cuya entrada

se miraba una hoguera, que era precisamente la luz que desde lejos habian distinguido.

Un momento hacia que nuestros héroes se hallaban inmediatos á la boca del subterráneo esperando la salida del palomo, cuando observaron con asombro, que de las entrañas de la gruta salia una persona humana rodeada de un formidable leon, de un robusto oso y de un enorme tigre. Petrificados quedaron los dos caminantes al mirar aquella estraordinaria y sorprendente aparicion, cuyo viviente cuadro se le iba acercando progresivamente; y ya se disponian á defender sus vidas que creian amenazadas, cuando distinguieron al palomo que, colocado sobre el hombro derecho del habitador de la caverna, le hacia continuadas caricias, multiplicando sus arrullos y dando inequívocas pruebas de su satisfaccion y contento. El solitario de la gruta, al observar la posicion alarmante de los guerreros, les habló en estos términos:

—¡Oh vosotros, ilustres guerreros, que abandonando el sol encantador de vuestra patria y atravesando los anchos mares, habeis llegado á estas apartadas regiones con el noble fin de protejer á la inocente oprimida! Ningun recelo debeis tener de mí ni de estos animales que me cercan, pues domesticados y obedientes á mi voz, no solamente no os harán el menor daño, sino que antes por el contrario, os ayudarán eficazmente en la alta empresa á que venis destinados: deponed el temor y echad pie á tierra, y descansareis en esta espaciosa cuanto maravillosa gruta, en la que no echareis de menos las comodidades que se disfrutan en los soberbios palacios de Castilla.

Esta atenta y obsequiosa oferta, reunida al bullicioso contento que demostraba el nevado palomo, obligó á los dos caminantes á desmontarse y admitir la hospitalidad que tan cordialmente se les hacia. Apenas echaron pié á tierra, cuando el leon, tigre y oso se acercaron á ellos, haciéndoles mil halagos. El cenovita abrazó á los dos guerreros, y todos se entraron por la boca de la caverna, cuya localidad era suficiente á albergar un escuadron de cien caballos. Despues de colocar cómodamente los suyos los dos guerreros, pasaron á la pieza que servia de cocina, en la que se les dispuso una cena sabrosa y abundante: durante ella pudieron observar al cenovita, cuyo espresivo semblante le hacia parecer de unos cincuenta años; vestia un ropaje telar de tela pardusca, y todo su continente respiraba bondad, amabilidad y discrecion. El Bastardo y su escudero no llegaban á veinte años; pero sus fisonomías varoniles, demostraban la energía, valor y esfuerzo que pudieran tener en edad mas avanzada. El leon y el palomo, jugueteaban en una estera de juncos que cubria el pavimento; y el tigre y oso, se mantenian á larga distancia, al parecer tristes y cabizbajos. Concluida la cena, el Bastardo rompió el silencio, dirigiéndose al solitario en estos términos:

—Con poco que os he oido hablar, los preparativos hospitalarios que he notado, vuestro amable y obsequioso recibimiento y la poca sorpresa que os ha causado mi arribo en una noche tan tempestuosa á unos lugares tan agrestes, he llegado á comprender que teniais noticias anticipadas de este suceso, y que no os es desconocido el objeto que me ha conducido á estas regiones.

—Efectivamente que habeis acertado, respondió el eremita; y si reparais que el palomo que os ha servido de guia no me es estraño, comprendereis fácilmente cómo he podido adquirir estas nuevas.

—Os confieso, señor, que todos esos prodigios no están al alcance de mi pobre entendimiento, repuso el guerrero, y solo puedo aseguraros que en cuanto me sucede hace algunos años, obra una causa sobrenatural que pertenece á la divinidad misma.

—Tal vez sea así, contestó el solitario; pero libraos bien de tener el orgullo de querer penetrar los arcanos del Altísimo: dejad obrar esa causa que reconoceis, y confiad en el cielo á fuer de buen cristiano.

—Así lo haré, ¡oh venerable padre! pero me es forzoso el consultaros el objeto de mi viaje.

—Lo sé, repuso el ermitaño; y para lograrlo tienes que atravesar muchos mas peligros que los que hasta ahora te han rodeado. Esta que pisas es la Selva Encantada, y la fortaleza que habrás divisado esta tarde es el Castillo del Diablo, en el que se halla la hermosa hija de los ancianos condes de Peñafiel, á quien arrebataron de órden de Abderraman, caudillo sarraceno, en las inmediaciones de su castillo. El mágico diabólico Mauratan, tio de Abderraman, es el dueño de esa fortaleza, en la que te esperan combates, aventuras y peligros, de los que solo Dios podrá salvarte. Mañana al despuntar la aurora darás noticias á tu amada Leonor de lo cerca que te hallas de ella; el palomo que otras veces ha sido portador de vuestros amorosos billetes, lo será ahora con mas eficacia.

—Conozco, ¡oh respetable padre! contestó el caballero, que os hallais enterado de todo, y estoy firmemente persuadido que una amable vision que se me ha ofrecido en el sueño, en los combates, en las delicias y en las penalidades, siempre guiándome por la senda del bien y del honor, será la que os haya dado noticias tan exactas; pues ella me está continuamente indicando la prision de Leonor y el sitio á que debia dirigirme para hallarla. Todo es obra de esa adorable sombra que bajo diferentes formas me sigue á todas partes.

—Pues seguid sus consejos, repuso el anciano, puesto que no os ha ido mal con ellos, y no intenteis jamás penetrar los misterios de la Divinidad. Mañana partireis para el Castillo del Diablo: estos tres cuadrúpedos, dijo señalando al leon, tigre y oso, os acompañarán en la jornada, y os servirán y serán mas útiles que muchos escuadrones castellanos. Ahora id á descansar, pues os esperan grandes penalidades y fatigas.

Diciendo esto, señaló á Colmenares la habitacion que debia ocupar, é introdujo al Bastardo en otra que habia un mullido lecho, despidiéndose hasta mañana. El Bastardo escribió á Leonor así que se vió solo, y en seguida se tendió sobre la mullida cama, quedándose profundamente dormido.

Por la mañana muy temprano colocó la carta atada á una ala del palomo y le dió suelta, viéndolo remontar el vuelo en direcion al Castillo del Diablo. El Bastardo y su escudero montaron á caballo y se despidieron del cenovita, quien despues de abrazarles y echarles su bendicion, les dijo:

—¡Dios sea con vosotros; confiad en él y vencereis!

Los dos guerreros partieron al gran trote en la mirma direccion que el palomo. El leon, tigre y oso, marchaban delante de ellos haciéndoles los mas cariñosos halagos.

CAPITULO II.

Llegada del palomo al Castillo del Diablo.—Situacion de doña Leonor.—Propuesta del nigrómantico Mauratan y respuesta de ella.—Descripcion del Castillo y sus encantos.

Las ocho de la mañana serian cuando ya la hermosa Leonor se encontraba paseándose en los deliciosos jardines del castillo, vestian con un sencillo aunque elegante traje blanco guarnecido de lindísimas flores y guirnaldas llevando una de estas alrededor de su espaciosa frente; paseaba, pues, lentamente y como meditabunda por medio de las frondosísimas calles que formaban los floridos naranjos y limoneros. El cielo estaba embalmasado con los suaves perfumes que exhalaban las flores y plantas de aquel encantador pensil. Una armoniosa música se oia á lo lejos, y todo allí respiraba magnificeecia, delicia y placer. Solo Leonor, cuyo corazon estaba lacerado por una pasion violenta, pudiera no estar satisfecha en aquel eden, capaz de cautivar las almas menos impresionables. Un horroroso enano seguia á la hermosa en todos sus movimientos, como si estuviera destinado á ser su guarda ó permaeennte centinela. Ella continuaba su paseo taciturna y cabizbaja, desdeñando los diferentes objetos que á cada paso se la ofrecian. De repente se paró, se arrodilló y cruzando sus blancas manos las dirigió al cielo, acompañando á esta accion la mas espresiva mirada de unos ojos hermosos y azulados que derramaban lágrimas copiosas: sus cabellos cual hebras de finísimo oro, flotaban hechos un millon de graciosísimas sortijas sobre su espalda; y en esta posicion humilde y reverente dirigia al cielo esta plegaria. «¡Hasta cuándo, Señor, he de ser presa de estos terribles musulmanes! ¿Cuándo cesarán mis infortunios? ¿cuándo volveré á ver el sol de mi amada patria y abrazar á los autores de mis dias? ¿cuándo al héroe que tantas victorias proporciona á nuestro sagrado nombre?» Aun no habia concluido la última frase, cuando turbó su religiosa atencion el blando arrullo de Filis, que colocado en la florida copa de un granado, saludaba á su señora alegremente. Leonor dirjie á él la vista llena de regocijo, pues hacia cerca de un año que habia desaparecido y le juzgaba muerto; su corazon palpita con violencia, y apenas puede dar crédito á sus ojos. El palomo por su parte no cuida de bajar, como acostumbraba otras veces á ponerse sobre la mano ú hombro de su señora: continúa su arrullo y principia á picar sus tiernas ale-

citas con ahinco. Leonor se contuvo en llamarle por no hacer entrar en sospechas al horroroso enano que la observaba; pero poniéndose bajo del árbol en que se hallaba el palomo, observó que este dejaba caer entre las flòres un papel que habia desatado con su pico: se bajó la hermosa como si fuera á cortar algun jazmin ó azucena, recogiendo el billete, que se guardó cuidadosamente entre los pliegues del pañuelo que le habia servido para enjugar el llanto; y dirigiéndose á un invernadero pudo leerlo á sus anchas. El descubrir las tiernas emociones que esperimentó su corazon al leer el billete, es cosa dificilísima para la pluma; solo sí diremos que salió apresuradamente del invernadero, dirigiéndose radiante de alegría hácia las habitaciones interiores del castillo, seguida siempre del enano y de su palomo que de rama en rama marchaba en pos de ella.

Llegada á su gabinete, en que se la acostumbraba á dejar sola, contestó á su amante y se puso en el balcon como si deseara tomar el fresco: aun no habian pasado cinco minutos cuando Filis vino á posarse sobre uno de los adornos del balcon en que se hallaba; le cogió Leonor haciéndole las mayores caricias, y atándole la carta á una de las alas le dió suelta; pero el palomo, en vez de elevar el vuelo segun su costumbre, bajó rápidamente hasta un camapé de alabastro que estaba debajo del balcon en que se hallaba la dama, y tomó en el pico un objeto entre algunos que se habia dejado un formidable jigante, que con la mas atroz y descomunal hacha de armas hacia la centinela á Leonor en aquella parte: este no sintió bajar al palomo ni coger el objeto, pues fué tan rápida su bajada y elevacion, que ni aun los perspicaces ojos de Leonor que con avidez le observaba, pudieron distinguir lo que habia cogido.

Aun no habia vuelto de su asombro al contemplar cómo su amante podia haber llegado hasta aquellas apartadas regiones, cuando entró Mauratan, infernal dueño de aquella fortaleza: este era un hombre como de unos sesenta años, su pelo, cejas y barba de color gris, muy parecidas á las cerdas del jabalí, con unos pequeñuelos y redondos ojos que daban á su rostro aceitunado un aspecto feroz y repugnante, capaz de intimidar al hombre de mas valor; sus manos parecidas á las de la hiena, y sus piés á los del rinoceronte, formaban el conjunto de aquel ser semi-humano. Puesto enfrente de la hermosa cristiana, se espresó así:

—Amada Leonor; vengo á darte la grata noticia de que mañana antes que el sol se oculte y confunda entre las negras sombra de la noche, llegará á este castillo mi sobrino el gran Abderraman, que abandonando las fértiles campiñas de tu país, conquistado por su heróico esfuerzo, viene á rendir á tus piés los trofeos de sus continuados triunfos, esperando que tu amor premiará su constancia y valor, abjurando al mismo tiempo de esa religion que no ha podido haceros sacudir el yugo que os impusieron los hijos del gran profeta.

La hermosa, al escuchar la blasfema proposicion, le contestó denodadamente:

—Antes que yo acceda á esa impía é injusta demanda, estoy resuelta á padecer cuantos tormentos puedan inventar vuestra diabólica cabeza; soy cristiana y sufriré por la fe de mis padres, que es y será la mia, los martirios mas crueles que querais destinarme.

Los ojos del ferez Mauratan centelle[illegible] contrajeron y restallaron sus dientes; y mirando á la [illegible] jóven con unos ojos que arrojaban fuego, la dijo con la mayor violencia:

—¿Quieres probar hasta dónde alcanza mi poder? ¿quieres que te patentice la impotencia de tu Dios y lo ridículo de tu religion? Pues mira la suerte á que estan destinados los seres que mas amas sobre la tierra.

Y tocando con una varita de bronce en un timbre del mismo metal que servia de puerta á un gabinete, se dejó escuchar un sonido tan ruidoso como el que pudieran hacer mil campanas tocadas á un tiempo. El castillo principió á temblar desde su cimiento como impelido por el mas furioso huracan: el hrrísono estampido de mil truenos rugia sobre las soberbias bóvedad del edificio, y el gabinete de Leonor se hundió con estruendo, no quedando en pié mas que una pequeña parte que ella ocupaba y desde la que miraba atónita una horrible sima pronta á tragarla. Asustada con la tan pronta y terrible trasformacion de su estancia, aun no habia reparado en el fondo del precipicio que el encantador habia abierto á sus piés; por fin miró y su espanto se aumentaba al distinguir en el fondo de aquel horrible precipicio á centenares de mutilados cadáveres revolcarse en sangre, y entre ellos ve á sus ancianos padres y al inmortal Bastardo á quien tanto amaba; los tres levantaban hácia ella sus manos ensangrentadas como pidiéndola socorro y dándola el adios postrere; vision tan lastimera no la pudo resistir la sensible Leonor, que dando el mas agudo grito cayó desmayada. El nigromántico la contempla con placer, y la abandona para ver despues la impresion que en ella habia hecho la trasformacion de su estancia y la aparicion de tantos ensangrentados cadáveres. Pasó en seguiba un largo pasadizo y tocando con su varita una puerta de refungente plata perfectamete cincelada, se abrió al momento, y el mágico entró en un suntuoso estrado alfombrado de telas damasquinas y cuyas paredes cubiertas con ricas colgaduras, bellísimos espejos y multitud de candelabros de oro, daban á conocer la riqueza de su dueño. Rodeaban á esta sala multitud de sitiales, sofás y confidentes cubiertos de tisú azulado: ocho doncellas de incomparable belleza se hallaban recostadas muellemente en los sofás: vestian todas graciosísimos trajes blancos, pero de una tela tan delgada y trasparente que dejaban traslucir todas sus formas, incitando á la voluptuosidad á que cuadyuvaba la descuidada postura en que se hallaban, al parecer durmiendo: respiraban dulcemente y aun exhalaban algunos suspiros. En medio de ellas se encontraban otra hermosura todavía mas linda y encantadora; la palidez de su rostro y algunas lágrimas que corrian por sus mejillas la hacian aun mas interesante: esta tenia en sus manos una bellísima manzana en que se miraban escritas en letra arábiga estas palabras: *Solo un alma enviada por Dios y que sin ser hombre sea rey, me hará despertar de este profundo sueño*. Una melodiosa música dejábase oir cual si los músicos estuvieran á alguna distancia de aquel salon, en el que se respiraban perfumes muy suaves y agradables. En un magnífico cuadro, cuyo marco era de oro guarnecido de piedras preciosas, estaba retratada la diosa Venus, teniendo en su mano una venda con la siguiente inscricion: *Templo de los Placeres*. El májico reconoció con escrupulosidad toda la habitacion; tomó un vaso de oro que estaba en una rinconera, y

cogiendo la manzana que tenia la hermosa dama que ocupaba el centro entro las otras ocho, la coloca en el vaso, y la manzana principió á saltar como pudiera hacerlo un ser animado: el májico la observaba cuidadosamente; cogió un líquido blanquecino que tenia un frasco, que vació parte de él en el vaso que contenia la manzana. Esta empezó á destilar un líquido parecido á la sangre, que en breve trasmitió su purpúreo color al que contenia el vaso; entonces el mágico sacó la manzana y la volvió á colocar en la mano de la doncella, saliendo él precipitadamente del Templo del Placer con un mercado enojo. En seguida pasó á otro aun mas espacioso salon, en cuyas paredes se miraban congadas con el mayor órden multitud de arneses militores, armaduras, escudos cascos, celadas, aljanje, lanzas y dagas de toda especie: sacó un pito de concha y aplicándole a los labios resonó el eco por todos los ángulos del castillo. Apenas se dejó óir el desapacible silbido del marítimo instrumento cuando se abrió el pavimento y apareció un fantasma, en cuya frente se notaban dos agudos y retorcidos cuernos, indicando toda su horrible figura que acababa de salir de los abismos. Tan luego como Mauratan le tuvo en su presencia, le dijo:

—Amigo, hoy me hallo amenazado de grandes males: he practicado, como todos los dias, la esperiencia con la manzana del Castigo, y al echarla en el vaso del gran profeta, la manzana queria salirse de él saltando con violencia: la eché el preciso líquido del Deesengaño, y la manzana lo convirtió en sangran. Todas estas señales ya sabes que indican nos hallamos cercanos á grandes calamidades, y tal vez en un momento desaparecerá este castillo, cuyo poder y fortaleza han defendido hasta ahora nuestros dioses, de quién tú eres enviado. Te llamo para que no me abandones en el terrible trance que preveo.

—¡Sabio Mauratan! ¡hijo predilecto de Mahoma! ¿á quién temes en una fortaleza guardada y defendida por los mismos dioses? contestó el de los cuernos. El Africa entera te respeta como á sabio y como á enviado del gran profeta. ¿Quién puede osar pisar estos contornos desde que tú los habitas?

—Es verdad cuanto dices, contesto el májico; pero las señales son infalibles y tengo por seguro que nos amenazan grandes males. Mañana llega aquí mi querido sobrino Abderraman, que abandonando á España por los amores de esa cristiana, á quien ni los halagos, ni las amenezas de todo mi arte, es capaz de hacerla abjurar de su religion, y me temo qne nuestros dioses quieran castigar en todos nosotros los criminales amores de Abderraman, y la no menor culpa nuestra en conservar á esa tenaz cristiana en estos lugares.

—Sin duda has acertado, sábio Mauratan, repuso el maléfico genio; y así es preciso que antes que Abderraman pise los umbrales de esta fortaleza, esa cristiana sea sacrificada en las aras de nuestros dioses para aplacar su justa cólera.

—Así lo haremos, contestó el májico: esta misma noche se consumará el sacrificio, para que no nos conduzcan el escesivo cariño hácia mi sobrino á un precipicio inevitable.

El infernal genio volvió á hundirse en el abismo, y el mágico salió para dar las oportunas órdenes respecto á la muerte de Leonor. La bella

cristiana aun yacia desmayada cuando Mauratan regresó á su habitacion. Este tocó á otro timbre con su varita y la sala tornó á su antiguo estado sin el menor ruido: encargó al enano tuviese la mayor vigilancia, y él partió para otras habitaciones, quedando el enano á la misma puerta de la habitacion de doña Leonor.

CAPITULO III.

Regresa el palomo al lado del Bastardo.—Este llega al puente guardado por un jigante á quien vence en atroz batalla; en seguida pasa el puente y liberta á la princesa Zaida.

El sol habia perdido toda su fuerza y parecia querer esconderse tras las jigantescas almenas del Castillo del Diablo, cuando el Bastardo y su escudero precedidos del leon, tigre y oso, marchaban entre los espesos matorrales de la Selva Encantada, hallándose como á dos millas de la fortaleza. El corazon del jóven guerrrero latia con placer y violencia, al contemplar lo cercano que se hallaba de su amada, á quien juzgaba ver aquella misma noche. Sumergido en estas placenteras ideas no pensaba en los peligros que tenia que atravesar, segun le habia manifestado el misterioso habitante de la gruta, ni habia escuchado tampoco los alegres arrullos del palomo que vino por fin á sacarle de su distraccion colocándose en el alzon delantero de la silla. Esta vez se notaba ademas del billete que traia pendiente en una de sus alas, una llave que conducia en su encarnado pico y que puso en manos del Bastardo de Castilla. Este tomó la diminutiva llavecita y la guardó cuidadosamente, juzgando que Leonor le esplicaria el uso que debia hacer de ella: cogió el billete y leyó con avidez las cortas líneas trazadas por las bellas manos de su amada, que se reducia á participarle su triste posicion y lo imposible que le seria penetrar en el castillo, que ademas de su extraordinaria fortaleza, estaba guardado por jigantes, enanos, espectros y otros seres diabólicos que obedecian al mágico. Tambien le comunicaba que al siguiente dia llegaria al castillo con grande acompañamiento de guerreros el caudillo Abderraman, que pretendia su mano y que adjurase de su religion; y concluia suplicando á su amante no se arriesgase á tan temeraria empresa, asegurándole un amor y constancia eternos. El héroe, acostumbrado desde muy niño á desafiar los riesgos, no hizo alto de lo que Leonor le pintaba y el cenovita le habia predicho; antes por el contrario, el anhelo de vengarse de Abderraman avivó su deseo, y aplicando las espueslas al caballo principió á marchar al gran trote, precedido siempre del leon, tigre y oso que caminaban alegres delante de él, lo mismo que el palomo que, segun su costumbre,

les servia de guia. Poco rato hacia que habian caminado por aquellos agrestes y solitarios lugares, cuando se le ofreció á su vista un rio caudaloso cuyas aguas exhalaban un olor fétido y repugnante: un largo y anchuroso puente de piedra proporcionaba el paso de aquellas aguas; pero un castillo construido á la cabecera del puente, indicaba la dificultad que tendrian en pasarle. El esforzado Bastardo se acercó al castillo, pero aun no habia llegado á su puerta, cuando se presentó delante de ella un horroroso jigante armado de una gruesa y pesadísima maza claveteada de aceradas puntas, y dirigiéndose á los cristianos, les dijo:

—¿Quién sois y qué pretendeis en este puente, que solo pueden pasar los que traigan un seguro del poderoso Mauratan, dueño y señor de todos estos contornos?

—Somos caballeros que acompañan á su sobrino Abderraman que llegará mañana al Castillo del Diablo, y nosotros nos hemos adelantado para darle tan fausta noticia.

—Entregadme el seguro, pues aunque me consta que el gran Abderraman llegará mañana, no puedo daros paso sin el requisito que os he manifestado.

Al concluir la frase sacó de una bolsa que pendia en su cinto un frasco de agua cristalina, que aplicó á su frente murmurando algunas palabras misteriosas, y en el momento se vió con asombro que el agua tomó un color como el de la sangre. El jigante padileció, guardó el frasco y, empuñando su enorme maza, les dijo lleno de cólera:

—¡Miserables y desgraciados traidores! habeis querido sorprender mi fidelidad fingiéndoos enviados del sobrino de mi señor; pero este prodigioso frasco que habeis visto da infalibles señas cuando hay peligro ó son enemigos los que intentan pasar este puente.

Entonces el Bastardo acometió al jigante dirigiéndole una estocada al pecho que evitó con el mango de la maza, y acometiendo al cristiano con la mayor furia, le descargó un terrible mazazo que recibió en el escudo, causando el mayor estrépito: tornáronse á acometer una ó dos veces; pero á la tercera, el jigante asiendo la maza con las dos manos, descargó tan fuerte golpe, que á no ser la ligereza del caballo en retirarse, hubiera sin duda muerto él y su jinete, pues dando la maza en el suelo se hundió en él más de una vara. Aprovechando entonces el Bastardo este incidente, metió las espuelas al caballo que saltó sobre el jigante haciéndole rodar por el suelo y rompiendo el prodigioso frasco que llevaba en el cinto. Aun se hallaba el caballo del héroe sobre el pecho del jinete, cuando Colmenares ya estaba pié á tierra, y sacando un agudo cuchillo le cortó la cabeza tirándola al rio. Despues de esta aventura pasaron el puente y caminaron en direccion del Castillo del Diablo, donde le esperaban otras nuevas. Con la detencion que les fué preciso hacer para pasar el puente, sobrevino la noche. Hacia más de una hora que marchaban por medio de unos espesísimos jarales que apenas permitian el paso á los corceles, cuando hirió su oido el rústico sonido de unos cencerros que indicaban ser de alguna ganadería. Los viajeros dirigieron sus pasos hácia la parte donde sonaban las esquilillas, y á poco rato se hallaron á las inmediaciones de una cabaña á cuyo rededor pacian un centenar de ovejas blancas, no-

tándose entre ellas un disforme macho cabrío, cuyos retorcidos cuernos tenian más de una vara, llegándole sus cerdosas barbas por bajo de las rodillas; al mirar á los guerreros con el leon, tigre y oso, dió un agudo y prolongado balido, y en el momento acudieron multitud de animales de la misma especie y de igual figura que el macho cabrío, rodeando el redil de las blancas ovejas; una serpiente de siete cabezas aparecia en la puerta de la choza adonde creian se hallaria el pastor de aquel ganado. Si sorprendidos se hallaron los dos caminantes al observar aquella aparicion repentina, creció su asombro cuando por todos lados se vieron acometidos por los machos cabríos que mochaban con sus cuernos á los corceles, sin que estos pudieran moverse atraidos por el aliento de la serpiente. En vano los dos guerreros intentaban separarlos hiriéndolos con las lanzas: los animales, lejos de intimidarse, acometian con más furia, y la serpiente les enardecia más con sus terribles y espantosos silbidos. En grande apuro se hallaban los dos cristianos, peleando con tan crecido número de animales, si el leon, tigre y oso no hubieran acudido en su socorro; pero lo verificaron con tal ímpetu, que en pocos momentos hicieron trizas á todo aquel infernal ejército cabruno, cuyo jefe parecia ser la serpiente, á quien destrozó el leon. Apenas el rey de las servas logró despepedazar al furioso reptil, cuando se oyó un grande estruendo, y se miró desaparecer la cabaña quedando en su lugar una hermosa doncella vestida de blanco, á cuyo rededor se apiñaron las blancas ovejas, pues los machos cabríos habian desaparecido enteramente. Asombrados quedaron el Bastardo y su escudero con tan sorprendente trasformacion, y apenas el asombro les dejaba articular una palabra, cuando la doncella les sacó de aquel estado dirigiéndoles la palabra en estos términos:

—¡Oh esforzados caballeros! ¿os dignareis decirme á quién debo el singular favor de salir del encanto en el que hace más de seis años me hallaba?

—Nosotros, respondió el Bastardo, somos cristianos y como tales, hacemos la profesion de protejer á la inocencia oprimida y deshacer los encantos que los génios maléficos forman para perder las almas.

—Doble es mi regocijo, ¡oh valeroros caballeros! al saber que á los cristianos debo mi libertad. Yo tambien lo soy, y por serlo se me condujo al Castillo del Diablo, y el májico Mauratan me convirtió de princesa en pastora, destinándome á guardar esta manada de ovejas y poniendo para mi custodia la serpiente que ha despedazado ese leon y los machos cabríos con quien habeis peleado: estos animales no me permitian salir de entre estas breñas, en las que he permanecido el tiempo que os he dicho sin haber visto en todo él una sola persona humana.

Pasmados quedaron los dos cristianos al oir aquella relacion, y suplicaron á la doncella les hiciera la gracia de manifestar quién era y por qué motivo la habian dado tan cruel castigo; á lo que ella respondió:

Yo me llamo Zaida y soy hija de Abenamar, uno de los caudillos de más valía que tienen los moros: mi padre gobernaba á Córdoba hace seis años, pues hoy no sé dónde estará: en esa época fui hecha prisionera por una tropa de cristianos que hizo una entrada en la ciudad causando la más terrible matanza practicada en los nuestros; el jefe que capitaneaba la

citada tropa; llamado el conde de Montijo, se portó tan generosa y atentamente conmigo, que no pude menos de rendirle el corazon y ofrecerle mi amor eterno; él por su parte correspondia fielmente á la pasion vehemente que yo le tenia, y su primer cuidado fué enseñarme la grandeza de su religion que abracé con todo gusto, bautizándome y entrando, por consecuencia, en el redil de las cristianas ovejas. A poco tiempo me dejó en uno de sus castillos, y él se marchó á combatir los ejércitos de mi padre; pero no siéndole siempre favorable la fortuna, torció su rueda y los moros se apoderaron, despues de una tenaz resistencia, del castillo en que yo me hallaba. Me condujeron á la presencia de mi padre, quien me echó mil maldiciones haciéndome embarcar para esta tierra á disposicion del májico Mauratan; este se enamoró de mí á los pocos dias de mi llegada al Castillo del Diablo, y no queriendo yo acceder á su odiosa pasion, me puso en estos lugares, segun os he contado.

Así concluyó su relacion la bella Zaida, de que quedó satisfecho el bizarro Bastardo; este se perdia en conjeturas acerca del modo de sacarla de aquellas selvas sin esponerla á nuevos peligros, pues si la llevaba consigo estaba espuesta á volver á caer en manos del nigrámantico, y si la dejaba era igual su peligro en unos bosques deshabitados por los hombres; pero el palomo vino á sacarle de perplejidad, posándose sobre la mano de Zaida y volando despues á una rama que se hallaba en direccion de la gruta prodigiosa; el Bastardo conoció entónces la indicacion del inteligente animal, y la dijo:

—Hermosa señora, yo siento el no poder llevaros conmigo; pues siendo mi direccion al Castillo del Diablo, en el que me esperan grandes peligros, no quiero participeis de ellos; y así juzgo que lo más conveniente es que sigais el camino que os marquen los arrullos de ese hermoso palomo que os conducirá á una gruta habitada por un santo y venerable varon, á quien direis vais de mi parte para que os ponga en salvo, participándole lo ocurrido en esta noche.

CAPITULO IV.

Llega el Bastardo al Castillo del Diablo y liberta á Leonor de la muerte á que estaba destinada, y al conde de Montijo.—Batallas con los jigantes, enanos, espectros y Abderraman.—Desencantamiento del Castillo del Diablo.

Seria la media noche cuando el Bastardo y su escudero, seguidos del leon, tigre y oso, vieron regresar al hermoso Filis de su espedicion con a doncella Zaida, á quien habian libertado del encanto y confiaban la ha-

bria dejado en la gruta prodigiosa: el palomo se colocó delante de ellos, como de costumbre, y despues de caminar un largo rato se paró sin quererse mover, y arrullando continuamente como manifestando habian llegado al término del viaje. Echaron pie á tierra y observaron que el palomo se introducia como un sutil reptil por entre la yedra, musgo y enredaderas que cubrian una roca: á poco rato arrullaba fuertemente sin querer salir de aquel laberinto que la maleza habia formado. Entonces conoció el Bastardo que aquello encerraba algun misterio: en efecto, el oso blanco, haciendo uso de sus membrudas manos, principió á separar el ramaje y logró descubrir una fuertísima puerta de hierro macizo que estaba colocada al pie de la roca, dando á conocer por su posicion que era la entrada de un subterráneo: probaron á ver si podrian abrirla, pero á pesar de los muchos esfuerzos que para ello hicieron, les fué imposible lograrla. Enseguida el palomo empezó á picotearla, y logró separar un pequeño é imperceptible resorte que cubria una diminuta cerradura. El guerrero descifró entonces el misterio, no dudando que la llave que habia traido Filis era la de aquella puerta. Efectivamente, aplicada que fue á la cerradura, jiró sobre sus goznes y quedó abierta, dando paso á una subterránea galería que se hallaba iluminada por una lámpara de bronce: el leon, tigre, oso, palomo y los dos guerreros, se precipitaron dentro, llevando los caballos de la brida. Al débil resplandor de la lámpara dejábase ver á uno y otro lado figuras de animales los mas raros y extraordinarios, dando á conocer que aquel terrible asilo estaba consagrado á los ídolos del paganismo. Al extremo de aquella extraordinaria galería, distinguieron dos objetos tendidos en el suelo, y junto á ellos un formidable jigante con una fuerte maza de hierro, cuyos ojos arrojaban llamas, y todo su continente demostraba una devoradora sed de sangre humana y la mas salvaje ferocidad. Impávido el Bastardo se dirigió hácia él con la espada en la mano dispuesto á venderle muy cara la vida. El jigante al mismo tiempo se vino hácia su contrario con la maza alzada, y le dijo:

—¿Quién eres tú, ¡oh miserable mortal! que así te atreves á penetrar en el asilo sagrado de los dioses?

El Bastardo, sin contestarle, le dio una fuerte estocada, que el jigante evitó con el mango de su enorme maza que descargó sobre el escudo del héroe, haciendo temblar sus piernas y bambolear el cuerpo. Fuertes y repetidos golpes se tiraban uno á otro, haciendo retemblar la bóveda del subterráneo; cuando el leon abalanzándose al jigante dió con él en tierra despues de haberle desgarrado todo el pecho, de modo que se veia por la ancha herida el corazon y las entrañas. Concluida esta batalla, de que no le hubiera sido tan fácil al Bastardo el salir airoso á no ser por el poderoso esfuerzo del rey de las selvas, marcharon en direccion de los otros dos bultos que habian distinguido; y al acercarse á ellos, reconocieron que era un hombre sentado en el suelo lleno de cadenas, y una mujer desmayada. El palomo se posó sobre esta mujer y principió á arrullar fuertemente: el Bastardo se apresuró á reconocerla y contempló con el más acerbo dolor á la encantadora Leonor, que pálida, desfigurada y con el pelo tendido en el mayor desórden, yacia en el húmedo suelo sin aliento. El corazon del héroe palpita con violencia poseido de la pena mas amarga y

del mas escesivo furor al mirar al tierno objeto de sus derechos exánime y en tan lastimoso estado; y arrodillándose ante ella, la tomó una mano que aplicó con religioso respeto á sus abrasados labios. Leonor suspiró dando aliento y consuelo á su amante, y á poco rato, como si le viera en sueños y sin abrir sus hermosos ojos, le dirigió estas palabras:

—Jóven incauto, ¿adónde te conduce el esfuerzo de tu corazon generoso? ¿adónde el abrasador fuego del amor que el cielo ha castigado con mi cautiverio y mis penalidades? Huye, Bernardo mio, de estos lugares infestados por las furias, en los que no tendrás que pelear con las huestes sarracenas que siempre has vencido, pero tendrás que lidiar con diabólicos espectros, enanos y jigantes abortados del infierno...

Y entre tiernos suspiros y lastimeros sollozos se apaga aquella voz que escucha estasiado el héroe de Castilla. Vuelve á llevar á los labios la blanca mano de la inocente jóven, y al oprimirla contra su corazon despierta del letargo, y como herida de un rayo divino y milagroso se incorpora con ligereza y reconoce á su amante. El asombro, la alegría y las esperanzas mas halagüeñas se agolpan á la encendida imaginacion de los dos enamorados jóvenes y embargan sus sentidos. Repuestos algun tanto de la sorpresa y de las fuertes emociones que acababan de esperimentar, el Bastardo rompió el silencio, dando cuenta á Leonor de todo cuanto le habia ocurrido durante tan penosa ausencia; y Leonor le participó minuciosamente lo que le habia acaecido desde el momento que la hicieren cautiva hasta aquella fecha, sin omitir el manifestar los riesgos á que estaban espuestos, y que tal vez antes de una hora vendria Mauratan y sus diabólicos satélites á consumar el sacrificio á que estaba destinada, junto con aquel guerrero que se hallaba entre cadenas; entonces volvieron la vista al jóven amarrado cuyos pesadísimos hierros le quitaron. Este les dió las gracias y dijo:

—Yo soy el desgraciado conde de Montijo que caí prisionero en una batalla infortunada, despues de haber perdido uno de mis castillos, en el que tenia á la hermosa Zaida. Y contó sucintamente lo mismo que ya sabian por boca de la misma Zaida, á quien habian librado aquella noche. El conde continuó diciendo: hoy nos han traido, á esa hermosa señora y á mí, á este sitio con el objeto de sacrificarnos en las aras de sus ídolos, y dentro de muy poco vendrán á consumar este nuevo atentado contra la humanidad.

Asombrado el Bastardo de oir tan raros suceses, refirió al conde lo que le habia pasado con Zaida, asegurándole que á aquellas horas estaria al lado de un venerable anciano que la pondria á salvo de todo peligro. El conde se alegró sobre manera de tan fausta noticia, y cobró aliento para combatir al lado de Bernardo. En esta conversacion se hallaban, y ya era muy cerca del amanecer, cuando oyeron ruido y luego vieron entrar por la puerta de la gruta que daba al castillo un grupo de jentes con hachones encendidos: venia delante el sacerdote que habia de hacer el sacrificio de Leonor y el conde: seguíale Mauratan el enano guarda de Leonor y seis formidables jigantes todos armado. En el momento de avistar al Bastardo y sus amigos, el nigromántico exclamó con voz de trueno:

—¡Oh pérfidos cristianos! ¿cómo habeis tenido la imprudencia de desa-

fiar mi cólera y burlarse de mi poder? Pero por mis dioses que este castillo será vuestra tumba: y haciendo una señal á la comitiva, acometieron con tanta furia, que solo el esfuerzo de los cristianos pudiera resistir á tan formidables contrarios. Las armas centelleaban con el furioso choque de unas con otras: los golpes se repetian con estruendo, y todo era confusion, sangre y furor. Ya habian muerto dos jigantes de los seis que acompañaban á Mauratan, cuando los cuatro que quedaban, el enano, el nigromántico y aun el sacerdote mismo, acometen con más furia, descargando tales y tan formidables golpes sobre el Bastardo y su escudero, que ya se miraban cercanos á sucumbir, si el leon, tigre y oso no hubieran acudido á su socorro, acometiendo con tal furor á los jigantes que en breves instantes despedazaron á tres y al sacerdote, haciendo retirar al otro, al enano y nigromántico por las escaleras del castillo. Vencedores los cristianos se dirigieron todos por la misma escalera por donde los enemigos habian huido. Mauratan llegó á la sala de armas, que ya hemos mencionado en otro artículo, llamando en su auxilio á todas las furias infernales. El héroe, cubriéndose con su escudo y desenvainando su brilladora espada quiere ganar la puerta á toda costa; pero un muro de mazas, picas y espadas le cierran el paso y en vano su escudo reparte al lado suyo sendos reveses y cortantes cuchilladas, pues á los muertos les reemplazan otros y otros, sin poder nunca atravesar el umbral de aquella puerta guardada por tanta gente; pero á fuerza de valor y de constancia, los dos cristianos se abren paso: se precipitan en el salon y tras ellos el conde de Montijo, el leon y el tigre, cubriendo la retaguardia el oso y el palomo que sirven de escolta á la hermosa Leonor. Nuevas y sangrientas escenas le esperaban en aquella espaciosa estancia. Por todas partes se ven acometidos, y no pueden resistir á tanto contrario; poro el leon y el tigre dando tremendos rujidos, y esparciendo la muerte y el terror por todas partes, en breves instantes dispersan, desgarran y ponen en precipitada fuga á las infernales falanjes y al mágico que las dirije, yendo á refugiarse en el Templo del Placer.

Apenas concluida esta terrible lucha oyen en la gran plaza del castillo el ronco son del clarin y el ruido de las armas de los guerreros; el Bastardo se asomó á uno de los balcones y vió que un lucido escuadron, á cuya cabeza se hallaba Abderraman, á quien ya conocia por haberle visto en las batallas, se hallaba formado en la gran plaza. Los ojos del esforzado Bastardo brillaron de alegría al contemplar que iba á verse frente á frente con su inmortal enemigo y que su valor se iba á emplear contra personas humanas y no con diabólicos seres. Avisó al conde de esta novedad, el que se armó inmediatamente proveyéndose de todo lo necesario, que habia en abundancia en la sala en que se hallaban: armados ya, bajaron al subterráneo y tomaron los caballos, montando el conde de Montijo el que habia servido á Colmenares. Desde una de las bocas de la caverna que daba á la gran plaza pudieron ver á su placer el escuadron con que debian de batirse, y á Abderraman que con sonora voz, dirigiéndose á los balcones del palacio, decia:

—¡Mauratan! ¡querido tio! ¿cómo no sales á recibirme y darme noticias de la hermosa cristiana que te he confiado? ¿cómo tu cariño no me hace los obsequios que otras veces, habiéndote avisado con anticipacion de mi llegada?

En esto observaron que el enano, guarda de Leonor, se presentó ante Abderraman y le dijo:

—Poderoso señor, toda vuestra vigilancia y poder de vuestro tio no han sido bastantes á privar que los caballeros cristianos, auxiliados sin duda, por un Dios de mas poderio que los nuestros, se hayan introducido sin ser vistos de nadie en la fortaleza, causando tal destrozo en los defensores del castillo, que todo él se halla cubierto de mutilados cadáveres y ensangrentadas víctimas, hallándose ya en su poder la hermosa cristiana á quien yo guardaba.

—Mientes, ¡oh miserable! replicó Abderraman echando espumarajo por la boca. ¡Cómo es posible que al sábio y poderoso Mauratan le hayan podido vencer solo dos caballeros, cuando todos los ejércitos de España, no serian suficientes á tomar esta fortaleza! Que vengan esos caballeros: yo les reto y les abro campo para que con iguales armas se batan conmigo: que se presenten si no son cobardes, á combatir, no con espíritus ni seres sobrenaturales, sino con guerreros que pertenecen á la tierra.

El esforzado Bastardo, al escuchar el reto, salió á la gran plaza en que se hallaba Abderraman y los suyos, levantó la visera y le habló en estos términos:

—Ninguno que se precie de caballero cristiano deja de acudir al puesto adonde el honor le llama, oh valeroso Abderraman. Yo te he escuchado y aquí me tienes con este compañero pronto á complacerte. Quiero probar si tu brazo es tan fuerte para traspasar mi corazon como lo ha sido para robar cobardemente á una ilustre doncella de Castilla, á quien acabo de recobrar. Nuestro duelo será á muerte en atencion á lo innoble de tu conducta con un enemigo á quien, no pudiendo vencer en el campo, le has insultado traidoramente, arrebatándole lo que mas amaba sobre la tierra.

El caudillo sarraceno, á quien el asombro apenas dejaba articular una palabra, repuesto algun tanto de él le contestó en estos términos:

—Guerrero castellano: en medio de la sorpresa que me causa tu presencia en unos lugares, á los que ignoro cómo has podido llegar sin otro auxilio que tu valor que he reconocido muchas veces en las batallas, no puedo menos de dar crédito á mis ojos; y para probarte que Abderraman no te teme, te juro por el gran profeta que pelearemos en legal campo, sin que los guerreros que me acompañan, ni los sobrenaturales seres que defienden este castillo tomen parte en nuestro duelo, que terminará con la muerte de uno de los dos.

Apenas concluida esta generosa promesa, Abderraman y otro de los suyos tomaron el suficiente espacio para acometer con mas fuerza, cuya operacion practicaron al mismo tiempo el Bastardo y el conde de Montijo, encontrándose con tanta fiereza y violencia, que al empuje de sus lanzas los cuatro caballos apenas pudieron sostenerse sobre las ancas y sobre las sillas los caballeros. Las lanzas volaron en pequeñas astillas cayendo á larga distancia de los combatientes, que tomaron otras con quienes sucedió lo mismo; pero á la tercera fué el choque tan rudo y violento, que dió en tierra con los corceles y caballeros, viéndose precisados á continuar el combate á pié con las espadas y dagas, dándose tales cuchilladas y man-

dobles, que en breve se vieron centellear las armas echando chispas como pudieran salir de una máquina eléctrica ó de las fraguas de Vulcano. Pedazos de yelmos, escudos y cascos se miran esparcidos por el suelo, los cuerpos y cabezas de los combatientes brotan torrentes de sangre. La batalla debe terminar en breves instantes: Mauratan la observa desde uno de los balcones del Templo del Placer, y Leonor desde la boca de la gruta sobresaltada de espanto. Los caballeros cristianos, cubriéndose con los restos de sus escudos, apretando las empuñaduras de sus espadas se dirigen á sus adversarios logrando el Bastardo herir hasta los sesos la cabeza de Abderraman, que cae en tierra exhalando el último suspiro. Celoso el conde de Montijo de la fortuna del valiente mancebo arremete con tanta furia, que de un solo revés separa la cabeza del cuerpo al que con él combatia. El escuadron que hasta entonces habia observado el combate sin tomar parte en él, tan luego como vió esanime en el suelo á su caudillo, carga sobre los dos crstianos, que pié á tierra, casi desermados, se defienden de todos, hiriendo, destrozando y ahuyentando á cuantos se les ponen delante; pero la fatiga y la falta de sangre, de armas y caballos, unidas al e-civo número de enemigos, apenas les deja una ligera esperanza de poder alcanzar la victoria: el nigromántico, entonces, hace sonar su bocina en todos los ángulos de la fortaleza. á su sonido responden un millon de gritos y alaridos infernales: el castillo tiembla como impelido por el mas furioso huracan. Los espectos y jigantes vuelven á presentarse en ayuda del escuadron agareno, y se encarniza mas y mas aquella batalla pasmosa y desigual que jamás vieaon los mortales. los dos cristianos no son bastante para contener tantos millares de enemigos; pero cuando ya se hallaban cercanos á sucumbir, acuden el leon, el tigro y el oso, dejando á Leonor con Colmenares y el palomo en el sabtearáneo de los ídolos. Los tres auxiliares se entran por medio de las falanjes agarenas, y en breves instantes se observan sus detrozadoras garras teñidas en sangre y salpicado el cuerpo de la misma materia. Aterrorizado el enemigo al observar la bravura de los nuevos combatientes, huyen despavoridos, dando gritos espantosos, á guarecerse en las habitaciones del castillo, en las que continúa la pelea, pues que allí le siguen los dos valerosos cristianos y los cuádrupedos auxiliares; se retiran de pieza en pieza unidos al májico que salió á su defensa; pero acosados siempre por los cristianos, se ven obligados á refugiarse en el Templo des Placer. Otra porcion de moros guiados por Aliatar se dirigieron hácia el subterraneo donde estaba Leonor, á quien vuelven á hacer prisionera á pesar de la heróica defensa que hizo Colmenares, que por fin sucumbió atravesado de mil lanzazos. Los caballeros, el leon, tigre y oso continúan la lucha en el Templo del Placer que los sarracenos defienden palmo á palmo. El nigromático Mauratan cubierto con una piel de serpiente y empuñando una gran maza, se dirije al Bastardo tirándole un fuerte golpe; pero este hurta el cuerpo y logra atravesarle con la espada. Un espantoso grito y el ruido que hizo el cuerpo al caer en el suelo, fueron las señales de que el májico dejaba de existir. A poco tiempo aparece Aliatar con Leonor, á quien amenaza con un agudo puñal diciendo al Bastardo:—Si no me abandonas este castillo, verás esconder este acero que vibra en mi mano en el pecho de esta hermosa cris-

tiana que tanto amas. El bravo castellano se estremeció al escuchar tan terrible amenaza; pero el palomo, volando ligeramente sobre el rostro de Aliatar, le hizo saltar los ojos con el pico, de cuyo dolor cayó sin sentido. Los demás defensores del castillo se amedrantan y ya no tienen aliento para defenderse. Filis pasa del rostro de Aliatar y se posa sobre la manzana de la inscripcion que tenia la dormida dama, de quien ya se ha hablado; esta y las demas compañeras principiaron á moverse y como á quererse incorporar en sus asientos: el castillo tiembla con violencia y todo anuncia un fin trájico; el Bastardo de Castilla y el conde de Montijo se dirigen á Leonor, cercana á desmayarse al mirar tanta sangre y tantos cadáveres. Un enano solo se acerca á la dama de la manzana y trata de matar al palomo que se halla sobre ella, entonces el tigre se abalanza al enano y le despedaza, y el leon hace lo mismo con la manzana. La dama que la tenia se sonrie, y en aquel mismo instante quedó deshecho el encantamiento del Castillo del Diablo, dando un tremendo estallido que se oyó á muchas leguas de distancia. Cuantos vivientes en él habia desaparecieron, y las ruinas de aquel edificio aterrorzian al caminante.

CAPITULO V.

El Bastardo, el conde Montijo, Leonor y Zaida en España.—Encuentro con el ermitaño de la capilla de las Esfigies.

Al dia siguiente de la prodigiosa catástrofe ocurrida en el Castillo del Diablo, se observaban en medio de los espesos pinares contiguos á Peñafiel á dos heamosas doncellas y dos gallardos caballeros, todos profundamente dormidos. A corta distancia de ellos se veia una ermita, al parecer inhabitada; pero un venerable anciano que salia por la puerta, hizo desaparecer esta idea dejando ver por su largo ropaje de sayal, crecida barba y aire reverente y majestuoso, que él debia de ser el ermitaño de aquel asilo religioso. Dirigió su mesurado paso hácia los dormidos jóvenes, y tocando al mas bello de los varones con una varita que llevaba en la mano, le hizo despertar cual si le hubiera tocado una chispa eléctrica. El otro caballero y las dos doncellas, despertaron al mismo tiempo como heridos de un rayo de la divinidad; los cuatro personajes quedaron asombrados al verse trasportados á aquellos lugares que por de pronto no reco-

nocieron. El ermitaño les contempla con ternura y placer sin dirigirles la palabra; pero el caballero mas jóven rompió el silencio diciendo: ¿No me direis, ¡oh padre mio! qué tierra es esta en que nos hallamos? El anciano se sonrió dulcemente contestando:

—La tierra que pisais es de la fértil Castilla: esta pertenece á los ilustres condes de Peñafiel. Los cuatro viajeros se miran con sorpresa y dirigiendo la vista con avidez por el contorno, reconocieron ser la verdad lo que el ermitaño les decia.

—No estrañareis, ¡oh padre! nuestro asombro, pues tales sucesos nos han ocurrido en pocos dias y aun en pocas horas, que apenas pudiéramos creerlos si no fueran tan recientes.

—La divina Providencia, que proteje con benéfica mano al pueblo católico nada omite para que triunfe de sus enemigos, dijo el ermitaño: levantaos, ilustres jóvenes, y venid á rendir gracias al Todopoderoso por los singulares favores que os ha dispensado.

El Bastardo, el conde de Montijo, Leonor y Zaida, á quienes el lector habrá reconocido en estos personajes, obedecieron la voz del ermitaño y le siguieron: este les condujo á la capilla que estaba cerca, y en la que se oia con música dulce y armoniosa que entonaban el *Te Deum* acompañado de voces las mas melodiosas, que se ignoraba de dónde salian. Arrodillados ante el altar que exhalaba los mas suaves perfumes, dieron gracias al Dios de las batallas por los singulares favores que les habia dispensado; pero áun les estaba reservada otra nueva sorpresa que sus talentos no podian descifrar. Al lado derecho del altar se hallaba la colosal estátua del gran Pelayo, y á su pié un hermoso leon muerto; le seguia la del virtuoso Guzman el Bueno, sacrificado ante los muros de Tarifa, y á su pié se hallaba muerto un hermoso palomo blanco: al lado izquierdo del mismo altar estaban las estátuas de don Rodrigo Witiza, último rey de los godos, y la del traidor don Julian, y á sus respectivos piés un oso y un tigre tambien muertos, y todos idénticos á los que tanto le habian protegido en la Selva Encantada y en el Castillo del Diablo. Concluido el *Te Deum* y practicadas las más fervientes oraciones, el ermitaño dirigió á los jóvenes la palabra en estos términos:—Esforzados jóvenes, y virtuosas doncellas: os hallais á muy corta distancia del Castillo de Peñafiel, en el que hareis renacer el contento. Vuestro destierro ha cesado ya; al que os destinó el cielo en castigo de vuestra impaciencia para llegar al feliz término de vuestros amores. Estas estátuas que llaman vuestra atencion son las de Pelayo, el hijo de Guzman el Bueno, don Rodrigo y el conde don Julian que el cielo convirtió, á los dos primeros en leon y paloma, para que os defendieran, como lo han hecho: y los dos segundos en oso y tigre, en castigo de sus muchas culpas, por las que se halla infestada la España de infieles moriscos. La dama que tenia la manzana en que se cifraba el encantó en el Castillo del Diablo era Florinda ó la Caba, hija del conde don Julian, y las otras ocho doncellas eran princesas moras encantadas por tener amores con cristianos, como sucedió á Zaida. Todos han volado á la eternidad, y la justicia del cielo está satisfecha. Yo soy, ¡oh ínclito Bernardo! el ángel de tu guarda enviado por Dios para guiarte y protejerte. Soy el guerrero que te se ha aparecido tantas veces; soy el que te aconsejó el viaje a Africa;

el que vestido de árabe te proporcionó los caballos; el solitario de la caverna prodigiosa. Ahora te digo que tu nombre lo tomarás del castillo de Saldaña, en donde hallarás á tu padre el conde, á quien harás dar la mano á la infanta doña Jimena tu madre y hermana de don Sancho el Casto.

Al decir esto, la ermita desapareció sin saber por dónde, dejando asombrados á los cuatros jóvenes, que despues de repetir las gracias al Señor, se dirigieron al Castillo de Peñafiel, en el que fueron recibidos con el mayor contento y regocijo por los padres y vasallos de Leonor, los que dieron parte á los reyes de todas estas ocurrencias.

FIN.